

tra edad, a partir de Cézanne, en una pendiente cuyos otros escalones podrían ser los binomios Gaughin-Van Gogh, Picasso-Gris, Matisse-Derain. Chirico—una de las primeras firmas de la pintura mundial—es un converso. Su vigoroso pincel está de vuelta de los garabatos abstractos y de los brochazos *fauvistas*.

Más recientemente ha sido la condenación sin paliativos por la Congregación romana del Santo Oficio, de las piruetas del Estrafalarismo en los templos católicos, iniciadas en Francia y en Italia. La Iglesia Católica es uno de los pocos organismos que quedan ya en el mundo que no se prestan a biomas. No más cristos-arañas, ni vírgenes en forma de clave de sol.

Pero la verdadera explosión nuclear—permitásenos el popular pleonasma—la han constituido las últimas declaraciones del campeón y patriarca de todos los Antirrealismos, el inefable Picasso, según las cuales, la mayoría de la producción de sus distintos estilos y el cogollo de su famosa y grandiosa *renovación artística* obedecen al exclusivo intento de explotar la tontería de sus partidarios.

El epíteto no es nuestro, desde luego. *He sacado lo que he podido de la imbecilidad, la vanidad y la concupiscencia de mis contemporáneos*. Estas son sus palabras, vertidas en los oídos de ese otro gran converso que se llama Giovanni Papini. ¡Donosa catalogación, de la que, gracias al Cielo, hay todavía muchos estetas que permanecen libres!

Apresurémonos, con todo, a precaver que esta estupenda declaración no será bastante para demoler el edificio del Picassianismo. Nadie se prestará voluntariamente a formar en las filas aludidas por el viejo corifeo y su retractación se atribuirá a un simple rasgo de genialidad del maestro, del que no hay que hacer demasiado caso. Semejante fenómeno ha ocurrido otras muchas veces en la Historia. Recuérdese, por ejemplo, que las hermanas Fox, fundadoras del Espiritismo, reconocieron al fin de su vida que todas sus experiencias habían sido fraudulentas y que durante largos años no habían hecho otra cosa que burlarse de sus partidarios. Estos sin embargo, impertérritos, hicieron caso omiso de tan concluyente declaración y el Espiritismo continuó y continúa. Al hombre le agrada a veces verse engañado y cuando su engañador le desengaña, se rebela contra él y defiende la mentira como inmovible verdad, prescindiendo del hecho de que la niegue su propio creador.

En virtud de estas tristes, pero ciertas particularidades de la psicología humana, hay que resignarse durante algún tiempo todavía a ver vendido como oro fino aquello que su mismo forjador asegura que no es más que latón; a contemplar como expresión de belleza y excelencia el pustuloso licor de las llagas que las guerras totales han abierto en la Humanidad. A aceptar que un cachalote es una mujer, veinte brochazos un paisaje, un balbuceo de pesadilla un poema. Y a tolerar en fin que seres como Diego Rivera, so pretexto de fidelidad a su disolvente ideario, prostituyan su maestría en la tarea odiosa y necia de estrafalarizar los más puros mitos de la Historia.

• CARLOS CALLEJO

LOS ALAMOS DEL RIO

I

Cuántos ángeles van llegando
con mieses de las serranías.

Cabalgan a caballo el aire
amarillento de la brisa.

El cielo lava su costado
en aguas de melancolías.

Peinan las olas a las sombras
cabellos de la atardecida.

Angeles posan en los álamos
esperando a que Dios sonría.

Los álamos que con sus hojas,
con sus ángeles, se encendían.

II

Temblorosas almas esperan
por los ángeles ser vividas.

Muchas almas como los álamos
que están plantadas en la vida.

Y Dios parece que no quiere.
Y Dios parece que se olvida.

III

Por el río abajo la tarde
incomprensible se marchita.

Una tarde, como cualquiera
otra tarde, que se perdía.

Dorado río de mis sueños...
Los álamos en las orillas.

JESUS DELGADO VALHONDO